



Mariano José de Larra

Carta de Fígaro a un Bachiller, su corresponsal

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mariano José de Larra

Carta de Fígaro a un Bachiller, su corresponsal

Yo no sé si se acordarán todos los suscriptores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado a provocar su sonrisa eternamente, tenga él o no humor de divertirse a sí o a los demás. Pero si puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas a Madrid, al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos durante tan largo silencio. Éste ha sido un aficionado a nuestro papel, encerrado, según nos dice, en uno de los más recónditos rincones de esta Monarquía, a trozos regenerada, a trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algún tiempo a esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase El Bachiller, y dirige al señor Fígaro exclusivamente su carta, reducida a un sinfín de preguntas acerca de las circunstancias; a las cuales contestaríamos privadamente a no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro Bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha a que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar a sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar a nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que a todo el mundo oyen y a ninguno contestan, nos decidimos a insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga a contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debía considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa a tanta distancia o de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalán: «Muy señor mío: Con respecto a la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta a buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellán el cura de...».

Ahora bien, he aquí nuestra contestación al incógnito corresponsal.

Mucho me huelgo, señor Bachiller de ese pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos míos en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen a un dos por tres y a salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego o de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca o mucha reputación que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si a esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar a que lo tome primero el Gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced a esas causas que yo escribo tan despacio que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano no parece sino que estoy organizando la Milicia Urbana, o tomando providencias contra algún motín.

Por lo demás, aquí, según usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina a pasos agigantados hacia el fin para que aquel Señor la crió, que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores próceres, que es manto azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuando el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día; verdad igualmente aplicable al calzón de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero López de Avala, ni Zurita, ni el Centón, pero que constituyen con la gola altibaja y demás este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enaguilla de glacé. Dicen que cuesta mucho; pero más ha costado el llegar a ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales del procerazgo, ha de ser curioso el ver a esos señores vestidos y hablando, todo a un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que según parece va a ser el pan nuestro de cada día, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos a la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad «reinante y sospechosa»; tanto que esas malditas sospechas han llevado a muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen a vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al día, no lo crea; al día no muere nadie, porque si así fuese habría parte sanitario, si es que no le dan

por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los días sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor Bachiller, de don Carlos? Por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia y en Elizondo a un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir a Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos. Volviendo a don Carlos, dicen que el Gobierno sabe de fijo dónde para; pero vaya usted a preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limón, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos a pedir de boca, basura en las calles a todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah!, se me olvidaba; el discurso de la Corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestación; a lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura, sin embargo, que la están pensando a toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced a Madrid. Si está pronto a presentar sus cuentas a Dios, venga cuanto antes. Si viene a pretender, y ha sido emigrado, o tenido empleo en tiempo de la Constitución, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan; preguntárame tal vez si no los quitan: ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene a oír las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchón estrecho y «cortilargucho», según dice La pata de cabra, como si no quisieran ser oídos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz o en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo a los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña. Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo a que contestar; si así fuese, en otra carta iré, pues a la hora que es ando deprisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aún, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor Bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los días completamente no intercepten por «esas veredas» esta carta, y que la administración de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, o no se la mande por América, así como recibimos por qué sé yo dónde la correspondencia de Francia, merced a las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor Bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe a vuesa merced un bledo de las venidas de don Carlos a este país, pues que la Cuádruple Alianza está contratada para su conducción fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la Cuádruple Alianza sacarle de la península si él no viniera.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

